

AUTOBIOGRAFÍA

A la espera de Dios. (1942)

Simone Weil

P. D.: Léase en primer lugar.

Esta carta es espantosamente larga, pero puesto que no habrá lugar a respuesta —tanto más cuanto que yo, sin duda, me habré marchado ya— tendrá usted años por delante, si así lo desea, para leerla. Léala, en cualquier caso, un día u otro.

Marsella, en torno al 15 de mayo

Querido Padre:

Antes de partir, quisiera dirigirme a usted de nuevo, por última vez quizá, pues desde allí me limitaré a enviarle de vez en cuando noticias mías para recibir las suyas.

Le he dicho ya que tenía una deuda inmensa con usted. Trataré de exponerle exacta y honestamente en qué consiste. Creo que si verdaderamente pudiera comprender cuál es mi situación espiritual, no tendría ningún pesar por no haberme llevado al bautismo. Pero no sé si esto le será posible.

Usted no me ha transmitido la inspiración cristiana ni la figura de Cristo; cuando yo le conocí, nada quedaba por hacer en ese aspecto. Todo se había llevado a cabo ya sin la intervención de ningún ser humano. Si no hubiera sido así, si no hubiera sido «tomada» anteriormente por Cristo, no sólo implícita sino conscientemente, no hubiera usted podido darme nada, pues yo no lo habría aceptado. Mi amistad habría sido una razón para rechazar su mensaje, pues habría tenido miedo a las posibilidades de error e ilusión que lleva consigo la influencia humana en el dominio de las cosas divinas.

Puedo decir que en toda mi vida, jamás, en ningún momento, he buscado a Dios. Quizás por esta razón, sin duda demasiado subjetiva, es ésa una expresión que no me gusta y que me parece falsa. En la adolescencia pensaba que carecíamos de los datos necesarios para resolver el problema de Dios y que la única forma segura de no resolverlo mal, lo que me parecía el peor de los males, era no plantearlo. Así que no me lo planteaba. No afirmaba ni negaba. Resolverlo me parecía inútil, pues pensaba que lo importante, puesto que estamos en este mundo, era adoptar la mejor actitud posible respecto a los problemas de este mundo. Y esto no dependía del problema de Dios.

Esto era verdad al menos para mí, pues jamás he dudado a la hora de adoptar una actitud; siempre he optado por la cristiana como única actitud posible. Por decirlo de algún modo, he nacido, he crecido y he permanecido siempre en la inspiración

cristiana. Aunque el nombre mismo de Dios no formaba parte de mis pensamientos, tenía respecto a los problemas del mundo y de la vida la concepción cristiana de manera explícita, rigurosa, incluidas las nociones más específicas que tal concepción implica. Algunas de esas nociones están en mí desde hace tanto tiempo como alcanza mi memoria. En cuanto a otras, sé en qué momento, de qué manera y bajo qué forma se han impuesto a mí.

Por ejemplo, siempre me he prohibido pensar en una vida futura, pero siempre he creído que el instante de la muerte es la norma y el objeto de la vida. Pensaba que para quienes viven de la forma adecuada ése es el instante en que, por una fracción infinitesimal de tiempo, la verdad pura, desnuda, indudable, eterna, penetra en el alma. Puedo decir que jamás he deseado para mí otro bien. Pensaba que la vida que conduce a ese bien no está definida solamente por la moral común, sino que consiste para cada uno en una sucesión de actos y acontecimientos que son rigurosamente personales y hasta tal punto obligatorios, que quien los elude no llega al objetivo. Ésta era para mí la noción de vocación. Veía el criterio de las acciones impuestas por la vocación en un impulso esencial y manifiestamente diferente de aquéllos que proceden de la sensibilidad o la razón y no seguir ese impulso cuando surgía, aunque ordenase cosas imposibles, me parecía la mayor de las desdichas. Es así como yo entendía la obediencia y la puse a prueba durante mi estancia en la fábrica, cuando me encontraba en aquel estado de dolor intenso e ininterrumpido que recientemente le confesé. La vida que siempre me ha parecido más bella es aquélla en la que todo está determinado, bien por la presión de las circunstancias, bien por tales impulsos, y en la que jamás hay lugar para ninguna elección.

A los catorce años caí en una de esas situaciones de desesperanza sin fondo de la adolescencia y pensé seriamente en morir a causa de la mediocridad de mis facultades naturales. Las dotes extraordinarias de mi hermano, que tuvo una infancia y una juventud comparables a las de Pascal, me forzaron a tomar conciencia de ellas. No lamentaba los éxitos externos, sino el no poder abrigar esperanzas de acceso a ese reino trascendente, reservado a los hombres auténticamente grandes, en el que habita la verdad. Prefería morir a vivir sin ella. Tras meses de tinieblas interiores, tuve de repente y para siempre la certeza de que cualquier ser humano, aun cuando sus facultades naturales fuesen casi nulas, podía entrar en ese reino de verdad reservado al genio, a condición tan sólo de desear la verdad y hacer un continuo esfuerzo de atención por alcanzarla. Ese ser humano se convierte entonces en un genio, incluso si, por carecer de talento, tal genio pueda no ser visible al exterior. Más tarde, cuando los dolores de cabeza vinieron a añadir a las escasas facultades que poseo una parálisis que enseguida supuse con toda probabilidad definitiva, aquella misma certeza me hizo perseverar durante diez años en unos esfuerzos de atención sin apenas esperanza de obtener resultados.

En la palabra «verdad» englobo también la belleza, la virtud y toda clase de bien, de forma que se trataba para mí de una forma de concebir la relación entre la gracia y el deseo. Había recibido la certeza de que cuando se desea pan no se reciben piedras, aunque en aquella época todavía no había leído el evangelio.

Cuanto más segura estaba de la eficacia que el deseo posee por sí mismo en el ámbito del bien espiritual bajo todas sus formas, más lo estaba de su ineficacia en cualquier otro terreno.

En cuanto al espíritu de pobreza, no recuerdo ningún momento en que haya estado ausente de mí, en la medida, lamentablemente escasa, en que era compatible con mi imperfección. Me sentí fascinada por san Francisco desde que tuve noticia de él. Siempre he creído y esperado que la suerte me llevaría un día por la fuerza a ese estado de vagabundeo y mendicidad en que él entró libremente. No pensaba llegar a la edad que ahora tengo sin haber, cuando menos, pasado por esa situación. Y lo mismo podría decir de la cárcel.

También tuve desde la primera infancia la idea cristiana de la caridad a la que daba ese nombre de justicia que recibe en varios pasajes del evangelio y que es tan hermoso. Como ya sabe, más tarde he faltado gravemente varias veces en relación a este punto.

La aceptación de la voluntad de Dios, cualquiera que ésta sea, se impuso a mi espíritu como el primero y más necesario de los deberes, aquél al que no se puede faltar sin deshonorarse, desde que lo encontré expuesto en Marco Aurelio bajo la forma del *amor fati* de los estoicos.

La idea de pureza, con todo lo que esta palabra puede implicar para un cristiano, se adueñó de mí a los dieciséis años, tras haber atravesado durante algunos meses las inquietudes sentimentales propias de la adolescencia. La idea me surgió durante la contemplación de un paisaje de montaña y poco a poco se me ha impuesto de manera irresistible.

Por supuesto, yo sabía muy bien que mi concepción de la vida era cristiana y por tal motivo jamás me vino a la mente la idea de entrar en el cristianismo. Tenía la impresión de haber nacido en su interior. Pero añadir el dogma a esta concepción de la vida sin sentirme obligada a ello por alguna evidencia, me habría parecido una falta de probidad. Como también me lo habría parecido el plantearme como problema la cuestión de la verdad del dogma, o incluso el mero deseo de llegar a una convicción sobre ese punto. Tengo una noción extremadamente rigurosa de la probidad intelectual, hasta el punto de que jamás he encontrado a nadie que no me pareciera faltar a ella en más de un aspecto; yo misma temo siempre faltar a ella.

Absteniéndome así del dogma, estaba impedida por una especie de pudor de entrar en los templos, en los que sin embargo me gustaba estar. No obstante, tuve tres contactos con el catolicismo verdaderamente cruciales.

Después del año de estancia en la fábrica, antes de volver a la enseñanza, mis padres me llevaron a Portugal; allí los dejé para ir sola a una pequeña aldea. Tenía el alma y el cuerpo hechos pedazos; el contacto con la desdicha había matado mi juventud. Hasta entonces, no había tenido experiencia de la desdicha, salvo de la mía, que, por ser mía, me parecía de escasa importancia y que no era, por otra parte, sino una desdicha a medias, puesto que era biológica y no social. Sabía muy bien que había mucha desdicha en el mundo, estaba obsesionada con ella, pero nunca la había constatado mediante un contacto prolongado. Estando en la fábrica, confundida a

los ojos de todos, incluso a mis propios ojos, con la masa anónima, la desdicha de los otros entró en mi carne y en mi alma. Nada me separaba de ella, pues había olvidado realmente mi pasado y no esperaba ningún futuro, pudiendo difícilmente imaginar la posibilidad de sobrevivir a aquellas fatigas. Lo que allí sufrí me marcó de tal forma que, todavía hoy, cuando un ser humano, quienquiera que sea y en no importa qué circunstancia, me habla sin brutalidad, no puedo evitar la impresión de que debe haber un error y que, sin duda, ese error va desgraciadamente a disiparse. He recibido para siempre la marca de la esclavitud como la marca de hierro candente que los romanos ponían en la frente de sus esclavos más despreciados. Desde entonces, me he considerado siempre una esclava.

Con este estado de ánimo y en unas condiciones físicas miserables, llegué a ese pequeño pueblo portugués, que era igualmente miserable, sola, por la noche, bajo la luna llena, el día de la fiesta patronal. El pueblo estaba al borde del mar. Las mujeres de los pescadores caminaban en procesión junto a las barcas; portaban cirios y entonaban cánticos, sin duda muy antiguos, de una tristeza desgarradora. Nada podría dar una idea de aquello, jamás he oído algo tan conmovedor, salvo el canto de los sirgadores del Volga. Allí tuve de repente la certeza de que el cristianismo era por excelencia la religión de los esclavos, de que los esclavos no podían dejar de adherirse a ella, y yo entre ellos.

En 1937 pasé en Asís dos días maravillosos. Allí, sola en la pequeña capilla románica del siglo XII de Santa Maria degli Angeli, incomparable maravilla de pureza, donde tan a menudo rezó san Francisco, algo más fuerte que yo me obligó, por vez primera en mi vida, a ponerme de rodillas.

En 1938 pasé diez días en Solesmes, del domingo de Ramos al martes de Pascua, siguiendo los oficios. Tenía intensos dolores de cabeza y cada sonido me dañaba como si fuera un golpe; un esfuerzo extremo de atención me permitía salir de esta carne miserable, dejarla sufrir sola, abandonada en su rincón, y encontrar una alegría pura y perfecta en la insólita belleza del canto y las palabras. Esta experiencia me permitió comprender mejor, por analogía, la posibilidad de amar el amor divino a través de la desdicha. Evidentemente, en el transcurso de estos oficios, el pensamiento de la pasión de Cristo entró en mí de una vez y para siempre.

Se encontraba allí un joven católico inglés que me transmitió por vez primera la idea de la virtud sobrenatural de los sacramentos, mediante el resplandor verdaderamente angélico de que parecía revestido después de haber comulgado. El azar —pues siempre he preferido decir azar y no providencia— hizo que aquel joven resultara para mí un verdadero mensajero. Me dio a conocer la existencia de los llamados poetas metafísicos de la Inglaterra del siglo XVII y, más tarde, leyéndolos, descubrí el poema del que ya le leí una traducción, por desgracia muy insuficiente, y que lleva por título *Amor*. Lo he aprendido de memoria y a menudo, en el momento culminante de las violentas crisis de dolor de cabeza, me he dedicado a recitarlo poniendo en él toda mi atención y abriendo mi alma a la ternura que encierra. Creía repetirlo solamente como se repite un hermoso poema, pero, sin que yo lo supiera, esa recitación tenía la virtud de una oración. Fue en el curso de una de esas recitaciones, como ya le he narrado, cuando Cristo mismo descendió y me tomó.

He aquí el poema en una traducción que me han hecho:

*El Amor me acogió, más mi alma se apartaba,
culpable de polvo y de pecado.
Pero el Amor que todo lo ve, observando
mi entrada vacilante
se acercó hasta mí, diciéndome con dulzura:
¿hay algo que echas en falta?
Un invitado, respondí, digno de encontrarse aquí.
Tú serás ese invitado, dijo el Amor.
¿Yo, el malvado, el ingrato? ¡Ah, mi amado!
yo no puedo mirarte.
El Amor tomó mi mano y replicó sonriente:
¿quién ha hecho esos ojos sino yo?
Es cierto, señor, pero yo los ensucié; que mi vergüenza
vaya donde se merece.
¿Y no sabes, dijo el Amor, quién ha tomado sobre sí la culpa?
¡Mi amado! Entonces, podré quedarme
Siéntate, dijo el Amor, y degusta mis manjares.
Así que me senté y comí.*

En mis razonamientos sobre la insolubilidad del problema de Dios no había previsto la posibilidad de un contacto real, de persona a persona, aquí abajo, entre un ser humano y Dios. Había oído hablar vagamente de cosas de ese tipo, pero nunca las había creído. En las *Fioretti*, las historias de apariciones me desagradaban más que otra cosa, lo mismo que los milagros en el evangelio. Por otra parte, en este súbito descenso de Cristo sobre mí, ni los sentidos ni la imaginación tuvieron parte alguna; sentí solamente, a través del sufrimiento, la presencia de un amor análogo al que se lee en la sonrisa de un rostro amado.

Nunca había leído a los místicos porque nunca habla sentido nada que me ordenase leerlos. También en las lecturas me he esforzado siempre por practicar la obediencia. No hay nada más favorable al progreso intelectual; en la medida de lo posible, no leo más que aquello de lo que tengo hambre y en el momento en que la tengo, y entonces no leo, devoro. Dios me había impedido misericordiosamente leer a los místicos a fin de que me fuera evidente que yo no había fabricado ese contacto absolutamente inesperado.

Sin embargo, todavía rechacé en parte, es decir, rechazó mi inteligencia, que no mi amor. Pues me parecía indudable, y aún hoy lo sigo creyendo, que no se puede resistir demasiado a Dios si se hace por pura preocupación por la verdad. Cristo quiere que se prefiera la verdad, pues antes de ser el Cristo, él es la verdad. Si uno se desvía de él para ir en pos de la verdad, no andará largo trecho sin caer en sus brazos.

Fue tras esta experiencia cuando sentí que Platón es un místico y que toda *La Ilíada* está bañada de luz cristiana y que Diónysos y Osiris son en cierto sentido el propio Cristo; y mi amor por él se vio así acrecentado.

Nunca me preguntaba si Jesús fue o no una encarnación de Dios; pero, de hecho, era incapaz de pensar en él sin pensarlo como Dios.

En la primavera de 1940 leí la *Bhagavad-Gita*. Curiosamente, fue leyendo aquellas palabras maravillosas y de resonancias tan cristianas, puestas en boca de una encarnación de Dios, cuando sentí con fuerza que debemos a la verdad religiosa una adhesión muy distinta a la concedida a un hermoso poema, una adhesión mucho más categórica.

Sin embargo, ni siquiera creía posible plantearme la cuestión del bautismo. Sentía que no podía abandonar honestamente mis sentimientos respecto a las religiones no cristianas y a Israel —y, efectivamente, el tiempo y la meditación no han hecho sino reforzarlos— y pensaba que éste era un obstáculo absoluto. No imaginaba la posibilidad de que un sacerdote pudiera ni siquiera pensar en concederme el bautismo. De no haberle conocido, jamás me habría planteado el bautismo como problema práctico.

Durante todo este proceso espiritual no he rezado nunca. Temía el poder de sugestión de la oración, ese poder por el cual la recomienda Pascal. El método de Pascal me parece uno de los peores para llegar a la fe.

El contacto con usted no me indujo a rezar. Por el contrario, el peligro me parecía tanto más temible cuanto que también tenía que desconfiar del poder de sugestión de mi amistad hacia usted. Al mismo tiempo, me sentía muy molesta por no rezar y no decírselo. Y sabía que no podía decírselo sin inducirle a pensar erróneamente sobre mí. En aquel momento no habría podido hacérselo comprender.

Hasta el pasado mes de septiembre jamás había rezado, ni tan siquiera una vez, al menos en el sentido literal del término. Jamás había dirigido palabras a Dios, mentalmente o en voz alta. Nunca había pronunciado una plegaria litúrgica. En ocasiones había recitado el *Salve Regina*, pero sólo como se recita un hermoso poema.

El verano pasado, estudiando griego con T... le traduje del griego el Padrenuestro, palabra por palabra. Nos comprometimos a aprenderlo de memoria. Creo que él no lo hizo; tampoco yo, en un primer momento. Pero algunas semanas después, hojeando el evangelio, me dije que, puesto que me lo había prometido y estaba bien, debía hacerlo. Y lo hice. La dulzura infinita de aquel texto griego me impresionó de tal modo que durante algunos días no pude dejar de repetirlo incesantemente. Una semana después, comencé la vendimia. Todos los días, antes del trabajo, recitaba el Padrenuestro en griego y lo repetía con frecuencia en la viña.

Desde entonces me impuse por única práctica recitarlo cada mañana con total atención. Si durante la recitación mi atención se distrae o se adormece, aunque sea de forma infinitesimal, vuelvo a empezar hasta conseguir una atención absolutamente pura. Se me ocurre a veces volver a empezar una vez más por puro placer, pero no lo hago a no ser que sienta un verdadero deseo.

La virtud de esta práctica es extraordinaria y no deja de sorprenderme, pues aunque la llevo a cabo cada día, sobrepasa siempre lo que espero.

A veces, ya las primeras palabras arrancan mi pensamiento de mi cuerpo y lo trasladan a un lugar más allá del espacio en el que no hay ni perspectiva ni punto de vista. El espacio se abre. La infinitud del espacio ordinario de la percepción es reemplazada por una infinitud a la segunda o a la tercera potencia. Al mismo tiempo, esa infinitud de infinitud se llena por entero de silencio, un silencio que no es ausencia de sonido, sino el objeto de una sensación positiva, más positiva que la de un sonido. Los ruidos, si los hay, sólo me llegan después de haber atravesado ese silencio.

A veces también, durante esta recitación o en otros momentos, Cristo en persona está presente, pero con una presencia infinitamente más real, más punzante, más clara y más llena de amor que aquella primera vez en que se apoderó de mí.

Jamás habría podido decirle estas cosas si no estuviera por medio el hecho de mi viaje. Y como en cierta medida me voy con el pensamiento de una muerte probable, creo que no tengo derecho a callarme estas cosas. Pues, a fin de cuentas, no se trata de mí, sino de Dios. Yo no cuento para nada en ello. Si pudieran suponerse errores en Dios pensaría que todo esto ha caído en mí por error. Pero acaso Dios se complace en utilizar los desperdicios, las piezas defectuosas, los objetos de desecho. Después de todo, el pan de la hostia, aun cuando pueda estar enmohecido, se transforma igualmente en el cuerpo de Cristo una vez consagrado por el sacerdote. Ahora bien, él no puede rechazarlo, mientras que nosotros sí podemos desobedecer. En ocasiones pienso que siendo tratada de una forma tan misericordiosa, todo pecado que cometo se convierte en pecado mortal. Y los cometo si cesar.

Le he dicho que usted es para mí algo así como un padre y un hermano a la vez. Pero estas palabras no expresan más que una analogía. Quizás, en el fondo, corresponden solamente a un sentimiento de afecto, de gratitud y admiración. Pues en cuanto a la dirección espiritual de mi alma, creo que Dios mismo la tomó en sus manos desde el comienzo y no la ha abandonado.

Eso no me impide tener hacia usted la deuda más grande que pueda haber contraído con un ser humano. Le diré exactamente en qué consiste.

En primer lugar, usted me dijo en una ocasión, al poco tiempo de conocernos, unas palabras que llegaron hasta el fondo de mí: «Preste mucha atención —me dijo—, pues sería una lástima que se encontrase con algo importante y pasase de largo».

Esto me hizo reparar en otro aspecto del deber de probidad intelectual. Hasta entonces yo sólo la había entendido contra la fe. Aunque esto pueda parecer horrible, no lo es; al contrario: significa que yo ponía todo mi amor del lado de la fe. Sus palabras me hicieron pensar que quizás había en mí, sin que yo tuviera conciencia de ello obstáculos impuros a la fe, prejuicios, hábitos. Después de haberme estado diciendo durante tantos años nada más que «Quizá todo eso no sea verdad», sentí que, sin dejar de decírmelo —todavía ahora tengo buen cuidado de repetirlo a menudo—, debía añadir a esa fórmula su contraria, «Quizá todo eso sea verdad», y alternarlas.

Al mismo tiempo, al hacer de la cuestión del bautismo un problema práctico, usted me forzó a mirar de frente, durante mucho tiempo, muy de cerca y con absoluta

atención, la fe, los dogmas y los sacramentos como realidades hacia las que tenía unas obligaciones que discernir y cumplir. Esto me era indispensable y de no ser por usted no lo habría hecho.

Pero el mayor beneficio que me ha proporcionado ha sido de otra índole. Al apoderarse de mi amistad mediante una caridad cuyo equivalente jamás había conocido, me procuró la fuente de inspiración más poderosa y más pura que pueda encontrarse entre las cosas humanas. Pues ninguna de ellas es tan provechosa para mantener siempre la mirada intensamente en Dios, como la amistad por los amigos de Dios.

Nada me permite medir mejor la magnitud de su caridad que el hecho de haberme soportado tanto tiempo y con tanta dulzura. Puede parecer que bromeo, pero no es así. Es verdad que usted no tiene los mismos motivos que yo (aquéllos que le contaba el otro día) para experimentar odio y repulsión hacia mí. Pero, no obstante, pienso que su paciencia para conmigo sólo puede proceder de una generosidad sobrenatural.

No me ha sido posible evitar causarle una gran decepción. Pero hasta ahora, aunque a menudo me haya planteado la cuestión durante la oración, durante la misa, o a la luz del resplandor que queda en el alma después de la misa, jamás he tenido, ni tan sólo una vez, ni siquiera un segundo, la sensación de que Dios me quisiera en la Iglesia. Ni siquiera he tenido nunca una sensación de incertidumbre. Creo que en este momento puedo, por fin, concluir que Dios no me quiere en la Iglesia. No tenga, pues, ningún pesar.

No lo quiere al menos por ahora. Pero, a no ser que me equivoque, me parece que su voluntad es que permanezca fuera también en el futuro, salvo, quizás, en el momento de la muerte. Sin embargo, estoy siempre dispuesta a obedecer toda orden, cualquiera que sea. Obedecería con alegría la orden de ir al centro mismo del infierno y permanecer allí eternamente. No pretendo decir, claro está, que tenga preferencia por este tipo de órdenes. No tengo tal perversión.

El cristianismo, puesto que es católico, debe contener todas las vocaciones sin excepción. En consecuencia, también la Iglesia debería hacerlo. Pero, a mis ojos, el cristianismo es católico de derecho, no de hecho. Tantas cosas están fuera de él, tantas cosas que amo y que no quiero abandonar, tantas cosas que Dios ama, puesto que de lo contrario no tendrían existencia... Toda la inmensidad de los siglos pasados a excepción de los veinte últimos, todos los países habitados por razas de color, toda la vida profana en los países de raza blanca y, en su historia, todas las tradiciones acusadas de herejía, como la maniquea y la albigense, todas las cosas surgidas del Renacimiento, muy a menudo degradadas, pero en absoluto carentes de valor.

Puesto que el cristianismo es católico de derecho y no de hecho, creo legítimo por mi parte ser miembro de la Iglesia de derecho y no de hecho, y no sólo por un tiempo sino, llegado el caso, durante toda mi vida.

Y no es sólo legítimo; en tanto Dios no me dé la certeza de que me ordena lo contrario, creo que es para mí un deber.

Pienso, al igual que usted, que la obligación de los dos o tres próximos años, obligación tan estricta que casi no podría eludirse sin caer en la traición, es mostrar a las gentes la posibilidad de un cristianismo verdaderamente encarnado. Nunca en

toda la historia actualmente conocida hubo una época en que las almas estuvieran tan en peligro como ahora en todo el globo terrestre. Hay que elevar de nuevo la serpiente de bronce para que cualquiera que levante hacia ella su mirada se salve.

Pero todo está tan ligado a todo, que el cristianismo sólo podrá encarnarse realmente si es católico, en el sentido que acabo de definir. ¿Cómo podría circular a través de los pueblos de Europa si no contuviera en sí mismo todo, absolutamente todo? Salvo, por supuesto, la mentira. Pero en todo lo que es, hay casi siempre más verdad que mentira.

Teniendo un sentimiento tan intenso, tan doloroso, de esta urgencia, traicionaría la verdad, es decir, el aspecto de la verdad que yo percibo, si dejara el punto en que me encuentro desde mi nacimiento, en la intersección del cristianismo y de todo lo que no es él.

Siempre he estado en ese punto preciso, en el umbral de la Iglesia, sin moverme, quieta, *en hupomone* (¡palabra mucho más bella que *patientia*!); sólo que ahora mi corazón ha sido transportado, para siempre, espero, hacia el santo Sacramento expuesto en el altar.

Como ve, estoy muy lejos de los pensamientos que H... me atribuía con muy buenas intenciones. Estoy lejos también de experimentar ningún tormento.

Si siento tristeza, se debe en primer lugar a la tristeza permanente que la suerte ha impreso para siempre en mi sensibilidad, a la que sólo pueden superponerse las alegrías más grandes y más puras, y ello al precio de un esfuerzo de atención; en segundo lugar, a mis miserables y continuos pecados; por último, a todas las desdichas de esta época y de todos los siglos pasados.

Si, aun siendo sacerdote, le es posible admitir que una vocación auténtica impida entrar en la Iglesia, podrá usted comprender por qué siempre le he ofrecido resistencia.

De otro modo, existirá una barrera de incompreensión entre nosotros, ya sea usted o yo quien esté en el error. Si así ocurriera, me sentiría profundamente apenada, habida cuenta de mi amistad hacia usted, pues el balance de los esfuerzos y los deseos provocados por su caridad hacia mí constituiría para usted una decepción. Y aunque no fuese culpa mía, no podría dejar de acusarme de ingratitud. Pues, una vez más, mi deuda con usted sobrepasa toda medida.

Quisiera llamar su atención sobre un punto: hay un obstáculo absolutamente infranqueable a la encarnación del cristianismo. Es el uso de estas dos palabras: *anathema sit*. No su existencia, sino la utilización que hasta ahora se ha hecho de ellas. También esto me impide franquear el umbral de la Iglesia. Permanezco junto a todas las cosas que no pueden entrar en la Iglesia, receptáculo universal, a causa de esas dos palabras. Y permanezco tanto más a su lado cuanto que mi propia inteligencia es una de ellas.

La encarnación del cristianismo implica una solución armoniosa del problema de las relaciones entre el individuo y la colectividad. Armonía en el sentido pitagórico: justo equilibrio de los contrarios. Ésta es la solución que los hombres anhelan precisamente ahora.

La situación de la inteligencia, al ser algo específica y rigurosamente individual, es la piedra de toque de esa armonía. Armonía que existe siempre allí donde la inteligencia, manteniéndose en su lugar, actúa sin trabas y cumple la plenitud de su función. Es lo que santo Tomás dice admirablemente de todas las partes del alma de Cristo, a propósito de su sensibilidad al dolor durante la crucifixión.

La función propia de la inteligencia exige una libertad total, que implica el derecho a negarlo todo, y ninguna pretensión de dominio. Donde usurpa un mandato, hay un exceso de individualismo. Donde se encuentra incómoda, hay una o varias colectividades opresoras.

La iglesia y el Estado deben castigarla, cada uno en la manera que les es propia, cuando aconseja actos que ellos desapruaban. Cuando se mantiene en el ámbito de la especulación puramente teórica, tienen también el deber, llegado el caso, de poner al público en guardia, por todos los medios a su alcance, contra el peligro de la influencia práctica que ciertas especulaciones pueden tener sobre la conducta. Pero cualesquiera que sean esas especulaciones teóricas, ni la Iglesia ni el Estado tienen derecho a tratar de asfixiarlas o a infligir a sus autores ningún daño material o moral. En particular, no se les debería privar de los sacramentos si los desean. Pues sea lo que fuere lo que hubieran dicho, aun cuando hubiesen negado públicamente la existencia de Dios, no han cometido quizá ningún pecado. En tal caso, la Iglesia debe declarar que están en el error, pero no exigir de ellos nada semejante a una retractación ni privarles tampoco del Pan de vida.

La colectividad es depositaria del dogma; y el dogma es un objeto de contemplación para el amor, la fe y la inteligencia, tres facultades estrictamente individuales. De ahí el malestar del individuo en el cristianismo, casi desde el origen, y especialmente el malestar de la inteligencia. Es algo que no se puede negar.

Si Cristo, que es la Verdad misma, hablara en una asamblea, por ejemplo en un concilio, no utilizaría el lenguaje que utilizaba conversando con su amigo bienamado, y, confrontando frases, se le podría acusar, con cierta lógica, de contradicción y de mentira. Pues por una de esas leyes de la naturaleza que el propio Dios respeta, puesto que las quiere desde toda la eternidad, hay dos lenguajes completamente distintos aunque compuestos de las mismas palabras, el lenguaje colectivo y el individual. El Consolador que Cristo nos envía, el Espíritu de verdad, utiliza uno u otro según la ocasión, y por necesidad de la propia naturaleza, no hay concordancia.

Cuando auténticos amigos de Dios —como lo fue en mi opinión el maestro Eckhart— repiten palabras que han escuchado en lo secreto, en el silencio, durante la unión de amor, y están en desacuerdo con la enseñanza de la Iglesia, se debe simplemente a que el lenguaje de la plaza pública no es el de la cámara nupcial.

Todo el mundo sabe que no hay posibilidad de conversación verdaderamente íntima más que entre dos o tres personas. Cuando se trata ya de cinco o seis, el lenguaje colectivo empieza a dominar. Por eso, se incurre en un contrasentido flagrante cuando se aplica a la Iglesia la frase «Donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos». Cristo no dijo doscientos, cincuenta ni diez, sino dos o tres. Dijo estrictamente que él es siempre el tercero en la intimidad de una amistad cristiana, en la intimidad del cara a cara.

Cristo hizo promesas a la Iglesia, pero ninguna de ellas tiene la fuerza de la expresión: «Vuestro Padre que está en lo secreto». La palabra de Dios es palabra secreta. Aquél que no ha oído esa palabra, aun cuando manifieste su adhesión a todos los dogmas enseñados por la Iglesia, no está en contacto con la verdad.

La función de la Iglesia como conservadora colectiva del dogma es indispensable. Tiene el derecho y el deber de castigar con la privación de los sacramentos a cualquiera que la ataque expresamente en el dominio específico de esa función.

Así, pues, aunque yo ignore casi todo de ese asunto, me inclino provisionalmente a creer que tenía razón castigando a Lutero.

Pero comete un abuso de poder cuando pretende obligar al amor y a la inteligencia a tener su lenguaje por norma. Este abuso de poder no procede de Dios, procede de la tendencia natural de toda colectividad, sin excepción, a los abusos de poder.

La imagen del cuerpo místico de Cristo resulta muy seductora. Pero yo interpreto la importancia que actualmente se le concede como uno de los signos más graves de nuestra decadencia. Pues nuestra verdadera dignidad no radica en ser parte de ningún cuerpo, aunque sea místico, aunque sea el de Cristo. Radica en que en el estado de perfección, que es la vocación de todos, no vivimos ya en nosotros mismos, sino que es Cristo quien vive en nosotros; de manera que, por ese estado, Cristo en su integridad, en su unidad indivisible, se convierte en cierto sentido en cada uno de nosotros de la misma forma que está íntegramente en cada hostia. Las hostias no son partes de su cuerpo.

Esta importancia que actualmente reviste la imagen del cuerpo místico muestra hasta qué punto los cristianos son miserablemente acomodaticios a las influencias externas. Ciertamente hay una viva embriaguez en ser miembro del cuerpo místico de Cristo. Pero, hoy día, numerosos cuerpos místicos que no tienen por cabeza a Cristo procuran, en mi opinión, a sus miembros experiencias embriagadoras de la misma naturaleza.

Se me hace ligero, siendo que lo hago por obediencia, estar privada de la alegría de formar parte del cuerpo místico de Cristo. Pues, si Dios quiere ayudarme, testimoniaré que sin esa alegría se puede no obstante ser fiel a Cristo hasta la muerte. Los sentimientos sociales tienen actualmente tanta fuerza, elevan de tal modo hasta el grado supremo del heroísmo en el sufrimiento y en la muerte, que me parece positivo que algunas ovejas se queden fuera del redil para dar testimonio de que el amor de Cristo es algo esencialmente distinto.

La Iglesia defiende hoy la causa de los derechos irrenunciables del individuo contra la opresión colectiva, la libertad de pensar contra la tiranía. Pero éstas son causas que abrazan gustosos quienes en un momento determinado sienten que no son los más fuertes. Es su único medio para volver a ser quizá un día los más fuertes. Esto es algo bien conocido.

Acaso esta idea le ofenda. Pero, de ser así, incurriría en un error. Usted no es la Iglesia. En los períodos en que la Iglesia ha perpetrado los abusos de poder más atroces, debía haber en ella sacerdotes como usted. Su buena fe no es una

garantía, aunque fuera común a toda su Orden. No puede usted prever cómo van a desarrollarse las cosas.

Para que la actitud actual de la Iglesia fuera eficaz y penetrara verdaderamente como una cuña en la existencia social, haría falta que manifestase abiertamente que ha cambiado o quiere cambiar. De otro modo, ¿quién podría tomarla en serio, recordando la Inquisición? Discúlpeme por hablar de la Inquisición; es una evocación que mi amistad por usted, y que a través de usted se extiende a toda su Orden, hace para mí muy dolorosa. Pero lo cierto es que ha existido. Tras la caída del imperio romano, de carácter totalitario, fue la Iglesia la primera en establecer en Europa, en el siglo XIII, tras la guerra contra los albigenses, un esbozo de totalitarismo. Ese árbol ha producido numerosos frutos.

Y el resorte de ese totalitarismo es el uso de esas dos palabras: *anathema sit*.

Por otra parte, es mediante una juiciosa transposición de ese uso como se han forjado los partidos que han fundado, en nuestros días, regímenes totalitarios. Es un aspecto de la historia que he estudiado de forma especial.

Debo darle la impresión de un orgullo luciferino al hablar así de muchas cosas que son demasiado elevadas para mí y que no tengo derecho a comprender. No es culpa mía. Las ideas vienen a posarse en mí por error; luego, reconociendo su error, quieren salir a toda costa. No sé de dónde vienen ni cuál es su valor, pero, por si acaso, no me creo con derecho a impedir ese proceso.

Adiós. Le deseo todos los bienes posibles salvo la cruz; pues no amo a mi prójimo como a mí misma, ni a usted particularmente, como ya habrá comprendido. Pero Cristo concedió a su amigo bienamado, y sin duda a todos cuantos forman parte de su linaje espiritual, llegar hasta él no por medio de la degradación, el deshonor y la angustia, sino en una alegría, una pureza y una dulzura ininterrumpidas. Por eso puedo permitirme el deseo de que, aun cuando tuviere usted un día el honor de morir por el Señor con muerte violenta, sea en la alegría y sin angustia ninguna; y que sólo tres de las bienaventuranzas (*mites, mundo corde, pacifici*) puedan serle aplicadas. Todas las demás encierran en mayor o menor medida sufrimiento.

Este voto no se debe sólo a la debilidad de la amistad humana. Con cualquier ser humano individualmente considerado encuentro siempre razones para concluir que la desdicha no le conviene, sea porque me parece demasiado mediocre para algo tan grande, o, al contrario, demasiado precioso para ser destruido. No se puede faltar más gravemente al segundo de los dos mandamientos esenciales. Y, en cuanto al primero, falto de manera todavía más horrible, pues cuantas veces pienso en la crucifixión de Cristo cometo el pecado de envidia.

Con mi inquebrantable y filial amistad y mi más sincero agradecimiento.

Simone Weil